



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que mar-
ca la Ley.*

PQ 93

Z6

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Impr. y Lit.
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm 3.074.

ESTUDIOS CRÍTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

La crítica contemporánea.

I

En este momento no tenemos crítica en Francia. Tal es la frase que oigo repetir en torno mío desde la muerte de Sainte-Beuve. Y es la pura verdad.

No puede negarse que el papel de la crítica tiene capital importancia en una literatura, mas no creo en su influjo más ó menos directo sobre el nivel literario. Ya no estamos en los tiempos en que la crítica llamaba la atención de los escritores para que respetasen los géneros y las reglas, ó en que distribuía palmazos como un maestro de aldea. Ya no se impone la misión pedagógica de corregir ni aun señalar las faltas como en un ejercicio escrito

de un colegial, de manchar las obras maestras con reparos de gramático y de retórico. La crítica se ha engrandecido, ha llegado á ser un estudio anatómico de los escritores y de sus obras. Coge un hombre, toma un libro, los disea, se esfuerza en demostrar por qué juego de engranajes aquel hombre ha producido este libro; se contenta con explicar, é instruir un sumario. Se investiga el temperamento del autor, se dilucidan las circunstancias y el medio en los cuales ha trabajado; la obra aparece como un producto inevitable, bueno ó malo, cuya razón de ser es lo único que se trata de demostrar. Así, pues, toda la operación crítica se limita á comprobar un hecho, desde la causa que lo ha producido hasta las consecuencias que producirá. No cabe duda de que un trabajo semejante contiene una lección; y al verse en un espejo tan fiel, un escritor puede reflexionar, conocer sus achaques y tratar de disimularlos lo más posible. Sólo que la lección viene de arriba, surge de la misma verdad del retrato y no es la petulante enseñanza de un dómine. La crítica expone, no enseña. Ella misma ha comprendido que era casi nula su influencia sobre el nivel literario, porque los

temperamentos permanecen indóciles, y ha preferido representar el gran papel de escribir la historia literaria contemporánea, explicada y comentada.

Por tanto, su actual importancia estriba en señalar los movimientos de escuela que se producen. A manera de un escribano, debe estar siempre allá registrando los hechos nuevos, comprobando qué camino recorre cada generación de escritores. El público, á quien desconcierta la originalidad, necesita que haya quien le tranquilice y guíe. Un crítico, que tenga autoridad sobre sus lectores, puede prestar los más grandes servicios. Todo se acepta de él; espérase que hable, para creerle. Desde luego, si tiene amplitud de miras, si acoge á los temperamentos originales, sólo él puede imponerlos á la multitud que vacila. Estudiará esos temperamentos, mostrará las raras cualidades que aportan, y de esta suerte formará la educación del público, quien acabará por domesticarse. No existe más noble papel que representar: acostumbrar á la gran masa á los esplendores inquietantes del genio.

Todavía voy más lejos; diré que cada generación, cada grupo de escritores necesitan te-

ner su crítico que los comprenda y vulgarice. El mismo hecho acontece en el teatro. Para cada forma dramática nace una promoción de comediantes capaces de interpretar dicha forma. La tragedia ha traído consigo sus intérpretes, que han muerto con ella. El drama romántico se ha encarnado asimismo en algunos grandes actores, que desaparecieron más tarde á la vez que este drama. De igual manera, las escuelas literarias requieren combatientes de vanguardia, trompetas que las anuncien y hagan abrir filas entre la muchedumbre para dejarlas ancho paso. Compréndese que el crítico, así definido, debe nacer con la generación de escritores á quien está llamado á revelar é imponer; necesita tener los gustos de esta generación, los mismos amores é idénticos odios; si nace antes ó después de su debido tiempo, no la comprendería, sino que la combatiría. En una palabra, es uno de los soldados del grupo, con más comprensión que invención en el cerebro, y que se resigna al papel de abanderado mientras los demás se batan.

Cuando una generación no encuentra su crítico, esto es una gran desgracia para ella. La lucha es mucho más larga, y falta esplendor

á la victoria. El público se obstina en no comprender. No hay nadie para explicarle el combate, y para probarle que ese combate es necesario y glorioso. No tiene guía, no puede adherirse á una opinión superior, en la cual haya puesto su fe. Advertid que el público quiere ser gobernado; es preciso que le den mascadas las opiniones á fin de que las digiera. Hasta que no habla el crítico autorizado, nueve personas de cada diez esperan para formar juicio; y en cuanto abre la boca, su fallo llega á ser el de la gran mayoría. Así se explica el papel decisivo que un crítico representa entre el escritor y los lectores; es el intermediario, el amigo común en cuya casa se reunen para conocerse y entablar amistad. Si llega á faltar el crítico, autor y público permanecen cada cual metido en su concha y profesándose durante años una mutua desconfianza.

Pues bien, la generación actual de los escritores naturalistas tiene la desgracia de no haber encontrado aún su crítico. Por eso continúa la batalla sin victoria decisiva. Los escritores no se cansan, producen obra tras obra, pero casi siempre sólo consiguen indignar y

exasperar al público, el cual no ve nada más que el aspecto brutal y estruendoso de la campaña. Tiempo es ya de que algún crítico conquistase influencia, para explicar el movimiento que actualmente se realiza en nuestra literatura. Tranquilizados los lectores, al fin comprenderían; verían de qué lado están el talento, la vida, el porvenir. Aceptarían á los escritores naturalistas, como les fué preciso aceptar á los escritores románticos después de la lucha homérica de 1830.

He dicho que Sainte-Beuve fué entre nosotros el último crítico. Lítimo aquí el significado de la palabra «crítico» al sentido de crítico literario, que juzga las obras nuevas á medida que se publican. Sainte-Beuve, clásico por instinto, creció en pleno movimiento romántico. De aquí su obstinación en no comprender á Stendhal ni á Balzac. Stendhal, sobre todo, estaba cerrado por completo para él. En cuanto á Balzac, era una de sus pesadillas.

Pero lo que hace de Sainte-Beuve una de las personalidades más eminentes de estos tiempos, son sus admirables facultades de comprensión y de análisis. Estaba formado para comprenderlo todo. Por eso él es quien ha

creado la crítica, tal como la acabo de definir; desprendióse de la escuela de La Harpe, estudiando el hombre antes de estudiar la obra, preocupándose del medio, de las circunstancias, del temperamento. Y lo que sobre todo conviene notar es que jamás tuvo un cuerpo de doctrina, que no se encerró en un método ni dentro de una fórmula. La naturaleza de su talento fué lo único que le hizo descubrir el instrumento que utilizó. Nadie ha desplegado tal flexibilidad. Había en él algo de mujer, una manera lánguida é insinuante de proceder, movimientos delicados y lindos que á menudo terminaban por dolorosos arañazos. Hasta sus defectos procedían de esta flexibilidad y de esta marcha oblicua; perdíase en lo incomprendible, por ser demasiado suave; acababa por engolfarse en frases demasiado cargadas de incidentes, cuando no quería dejar que asomase sino una punta de su verdadero pensamiento. Otros han tenido su erudición, su extenso conocimiento de nuestra literatura; otros han podido penetrar más adelante entre los libros, pero con seguridad que nadie ha calado más hondo en el corazón y en el alma de ciertos escritores.

Estoy cierto de que, si Sainte-Beuve hubiera vivido, no hubiese patrocinado el movimiento naturalista, porque tenía horror á la realidad cruda. Siempre se mostró muy inquieto ante las obras de Gustavo Flaubert, de Edmundo y Julio de Goncourt. De seguro que no habría ido más lejos. La descendencia de Balzac y de Stendhal le espantaba.

Los novelistas jóvenes habían puesto sus esperanzas en Taine. Se les aparecía como el escritor que iba á tomar la palabra en nombre de la verdad y la libertad en las letras. Por aquel entonces parecía que M. Taine iba á derruir la filosofía. Traía un método, condensaba en unas cuantas fórmulas todos los hallazgos hechos en la crítica por Sainte-Beuve. Su sequedad, su análisis, reducido á una especie de operación mecánica, seducían á los ingenios jóvenes, al extender á las cosas del espíritu los procedimientos empleados hasta entonces en las ciencias naturales. Era aquello una crítica naturalista que caminaba al paso de la novela naturalista. Pudiera creerse que había nacido el portaestandarte de la nueva generación literaria, con tanto mayor motivo cuanto que M. Taine había hecho un soberbio estudio

acerca de Balzac, á quien igualaba con Shakespeare.

Los jóvenes novelistas tienen que confesar hoy que se han engañado; M. Taine no será nunca el juez que esperan. Hay para ello múltiples razones, entre las que voy á indicar las dos principales. M. Taine es ante todo un literato. Cierra los ojos y sólo funciona en él la inteligencia. Su verdadero medio es una biblioteca. Allí hace maravillas, revolviendo montañas de libros, tomando una horripilante cantidad de notas, sacando todas sus obras de las obras de todos. Es un compilador que tiene el genio de la clasificación. Pero dudo de que en la calle vea ni los simones; la vida pasa de largo para él, la realidad no le interesa. De aquí, tal vez inconscientemente, su desdén hacia todo lo vivo. Se ha retirado del estrépito contemporáneo para encerrarse en el claustro de considerables estudios de historiador y de filósofo. Remueve con amor el polvo de los viejos documentos. Para ver al presente á un escritor que viva y produzca á su lado, necesitaría hacer grandísimos esfuerzos. He leído algunas líneas de él acerca de los novelistas de nuestros días, en las cuales, á mi parecer, ha

demostrado una supina ignorancia del movimiento que en la actualidad se verifica. En una palabra, no respira de ningún modo el mismo aire que nosotros. Pero hay otra razón de tanto peso como la ya dicha. Aunque M. Taine viviese nuestra misma vida, creo que nunca aceptaría el comprometedor papel de llevar en alto una bandera. No está en su temperamento eso de comprometerse; rehusará siempre el pronunciarse con decisión á favor de algo ó de alguien. Con arranque inicial de revolucionario, resulta ser el espíritu más equilibrado que existe.

Así, pues, la escuela naturalista nada espera ya de Taine; y apartado M. Taine, no existe ni un solo crítico que valga. Repetiré la frase por la cual he comenzado: en este momento no tenemos crítica en Francia. Precisamente voy á estudiar esta carencia.

II

En estos últimos años no se ha revelado ni un crítico. Esto prueba escasez de hombres.

Pero conviene añadir que nunca han sido más desfavorables las circunstancias. Señalaré sobre todo las transformaciones que se han realizado en la prensa, como una de las principales causas de la decadencia de la crítica.

Hace veinticinco años, el periódico era un órgano grave, que concedía todo su espacio á la política y á la literatura. Las noticias quedaban relegadas á la cuarta plana. Suscribíanse á ellos por simpatías hacia tal ó cual redacción; se esperaban los artículos de un redactor determinado, y se leían religiosamente aunque fueran de cinco columnas. En aquella época feliz se desplegaba á sus anchas la crítica. No se apresuraba; esperaba dos meses para hablar del último libro salido á luz, emitía fallos motivados con extensión. Los mismos lectores no experimentaban impaciencia alguna. Pedían ante todo conciencia, talento y justicia.

Todo ha cambiado hoy. El periódico nuevo tiende á echar á la calle la literatura. Las noticias, con diversos nombres diferentes, han invadido las cuatro páginas. Ha nacido la prensa noticiara. Ya no se trata de analizar un libro. ¡Valiente cosa importa eso á los lec-

tores! Lo fundamental es decirles lo que ha ocurrido la víspera en los salones de la señora *** y en los bastidores de Variedades; es menester contarles el crimen de la noche en trescientas líneas, con el retrato del asesino, y detalles de lo que comía, de lo que bebía; es preciso reducirlo todo á hechos exactos, brutales, sin adorno ninguno. Si continúa esta tendencia, antes de cincuenta años los periódicos se habrán transformado en simples hojas de anuncios.

Compréndese el terrible golpe que la prensa noticiera ha venido á asestar á la crítica. Ya no son de moda los estudios largos, sabiamente pensados y escritos á conciencia. Ocupaban demasiado espacio. Todos los directores han tenido por axioma que los artículos largos no se leen. Y se ha llegado á la chacota, se ha tratado de posmas á los escritores que se aferraban á los rancieros usos, se ha pretendido que sus artículos servían para ensayar la resistencia de los puentes. La primera frase de un redactor en jefe ha llegado á ser: «Tráteme V. esto en cincuenta líneas, á lo sumo». Aparte de eso, nunca han dicho nada acerca de conciencia ni de justicia. ¿Para qué? A los lec-

tores no les importan un bledo tales cosas. Pero se ha exigido que el artículo dando cuenta de un libro se publicase al día siguiente de aparecer dicho libro, y mejor aún la víspera. No hace falta ningún estudio. Ni siquiera se lee. El crítico va cortando las hojas, y pesca una frase aquí, otra allá; y cuando el libro está cortado, sabe ya bastante y se pone á escape á redactar las cincuenta líneas. A menudo no habla del libro, sino de cualquiera cosa con pretexto del libro. Basta con que se citen el título y el nombre del autor. En efecto, lo importante es la noticia de haberse puesto en venta, noticia que se trata de dar antes que los demás periódicos; poco importa lo restante, el mérito real de la obra, su originalidad, su influencia futura. En estas condiciones, los críticos improvisados debieran contentarse con anunciar en dos líneas la aparición del tomo. La desgracia es que aún no se ha llegado á esta sequedad. Los críticos añaden reflexiones al azar. Elogian ó censuran por motivos particulares. Ni uno solo tiene método. Amontonan las enormidades, los disparates y los embustes. Nada hay más lamentable que ese espectáculo de la prensa, cuando

aparece una obra. No hay majadería que no se diga; y si se quiere tener una prueba del rebajamiento de la crítica en Francia, basta entonces formar una colección de los artículos publicados, leer y ver desplegarse por todas partes la necedad y la mala fe.

Lo repito: el miedo de aburrir ha muerto á mano airada los estudios concienzudos. Háse habituado al público á leer un periódico de prisa y corriendo. Se traga las noticias, pero ya no pasan los estudios de tres columnas. ¿Cómo pretender que un hombre que vive nuestra vertiginosa vida encuentre un cuarto de hora para leer un artículo serio? Luego, le sería preciso reflexionar, hacer un esfuerzo de inteligencia, lo cual sería desastroso. Por eso no se le sirven sino lugares comunes, ideas corrientes que con facilidad se encasillan en el cerebro. El entusiasmo, la fe literaria, todo lo que emociona, perturba la digestión. Lo más cómodo es ir á la ventura, diciendo negro la víspera y blanco al día siguiente, halagando al vulgo con la repetición de lo que el vulgo dice. De aquí se origina la tremenda zaragata. El día siguiente de un estreno teatral, por ejemplo, desafío á cualquiera á leer

cinco ó seis artículos dando cuenta de la nueva obra sin que se apodere de él el asco.

¡Hablen Vds. de tal estado de cosas á un director de periódico! Les responderá que necesita dar gusto á sus lectores habituales. Él no tiene cura de almas, sino que ante todo vela por la prosperidad de una empresa comercial. El público quiere informaciones, y se le atiborra de informaciones. ¿Que la literatura sufre por esta causa? ¿Qué le hemos de hacer? Según el nuevo sistema, un periódico debe fabricarse en breves horas, conforme van llegando las noticias. Así, pues, muchos periódicos cuya tirada empieza á media noche dan el análisis de la nueva obra á la mañana siguiente de la primera representación; de suerte que el redactor encargado de los teatros se ve obligado á abandonar la sala antes del último acto é ir á enjaretar su miaja de revista mientras esperan las máquinas. Pregunto yo: ¿qué juicio puede emitir, ni aun cuando parte del artículo lo hubiera zurcido la víspera, al salir del ensayo general? En tales condiciones, imposible es la justicia. La crítica se rebaja hasta el papel de un simple prospecto, casi siempre redactado en mal francés.

Los únicos artículos largos que toleran los diarios noticieros son los fabricados con extractos de las obras nuevas. Ciertos redactores procuran hacerse con los libros antes de que se pongan á la venta, y recortan de ellos los pasajes interesantes. Añaden algunas líneas para enlazarlos, y engolosinan al público con el camelo de que son los primeros en servirle esas primicias. Esto no es más que redacción barata. Además, forma parte del sistema de indiscreciones, tan en moda. El público-rey queda encantado. No se le impone ninguna opinión; hasta se le evita el trabajo de leer todo un libro; porque cuando haya leído los extractos, conocerá la obra lo suficiente para hablar de ella sin tomarse mayores molestias. El periodismo moderno está basado en la pereza y en la vanidad del vulgo.

Y se halla tan arraigado tal estado de cosas, que los autores hábiles no exigen nunca un estudio en los periódicos de su amistad. Preferen que el cronista hable de sus obras entre una noticia acerca de la suripanta Z*** de los Bufos, y un escandaloso negocio ó un proceso célebre. A lo menos están seguros de que allí leerá el reclamo todo París, pues por más que

se achiquen los estudios críticos, el lector los salta bostezando. Los cronistas han llegado á ser así los críticos más influyentes; sólo ellos consiguen hacer que se vendan algunos cientos de ejemplares. Tienen una influencia superior á la del mismo M. Taine. Si arriesgan una chanzoneta acerca de una obra, la edición se arrebatada; esto es profundamente triste. Ya no se hace caso del talento. Reina el escándalo cual monarca absoluto.

Y no se me acuse de ver las cosas demasiado negras. Los diarios noticieros son agentes de corrupción literaria. El mal es tan hondo, que ha llegado á apoderarse de los periódicos serios. Ni siquiera uno se libra del contagio. No cabe duda de que en la prensa francesa hay aún varios órganos que conservan su antigua dignidad. Pero estudiad estos mismos de cerca, y veréis que el enemigo está dentro de la plaza. Los periódicos más venerables han querido rejuvenecerse: han aumentado la sección de noticias, han creado una crónica. Luego, se arriesgan cada vez más de tarde en tarde á publicar estudios de altos vuelos; la literatura, como en todos los demás, parece ser en ellos un estorbo, que únicamente conservan

por no romper de un modo brusco con sus tradiciones.

Tal es la situación. La literatura se ve escupida. El libro, sobre todo, es un espantajo. En los diarios callejeros, por ejemplo, raras veces hallaréis un estudio crítico; apenas si, de tarde en tarde, se desliza un reclamo en una crónica ó en los «Ecos de París». Si cojo en mis manos un periódico de los llamados serios, *El Tiempo*, la indiferencia por las bellas letras es allí la misma en el fondo. Transcurren quince y veinte días sin que en él se publique un artículo literario. La política lo invade todo; y no solamente la política, sino la Bolsa, los tribunales, los boletines meteorológicos, etc. El libro es lo único desdeñado. A los teatros se les concede mucho más espacio: una zarzuelilla en un acto ocupa más á la prensa que una novela. Esto depende de que el teatro tiene aspectos que no son literarios. Los revisteros dramáticos, para amenizar sus artículos, tienen las aventuras de las actrices, las indiscreciones de los bastidores, todo el runrún de ese pequeño mundo de la escena, que tanto ruido mete. Jamás se cansa al público hablándole del teatro; y este es el punto

principal. Si al libro se le condena, si se le trata como á un intruso, es porque tiene la fatalidad de no ser siempre gracioso y de que en él no hay mujeres, como suele decirse.

En resumen: acuso á la prensa noticiera de ser la más culpable del rebajamiento de la crítica. En medio de estos empellones de periódicos, es imposible encontrar tiempo de escribir y leer un estudio en toda regla. Lo peor es que los lectores se habitúan á este régimen, y saben leer cada vez menos. Sin embargo, si el periodismo actual explica la cacofonía de los juicios literarios, no se entienda que trato de llevar las cosas hasta el extremo de afirmar que impida la aparición de un verdadero crítico. Creo que falta el hombre. Si el hombre naciese, pronto se haría escuchar, á despecho de las desfavorables circunstancias, en medio de los tartamudeos de todos esos noticieros que se meten á juzgar á los escritores y las obras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FELIX REYES"
425 MONTERREY, MEXICO

III

En verdad, no faltan periodistas metidos á críticos. Por el contrario, no hay «chico» recién venido de su pueblo que no sueñe con «dar palos». Y como los directores afectan el mayor desdén á la bibliografía, confíanla casi siempre á los noveles, á los aprendices, á los que quieren «irse haciendo». La bibliografía se relega á un rincón de la tercera ó cuarta plana. Con ella se hace el «ajuste», encogiéndola ó alargándola según las necesidades del número. Tiene menos importancia que los accidentes y delitos, sección que se mima con particular esmero. Aparece un libro. ¡Valiente noticia! A nadie le importa. Así es como los catasalsas del periodismo comienzan por la crítica; les dan libros que espanzurrar, como en las cocinas se les dan las legumbres á los pinches para que las monden. ¡Figúrense Vds. cómo irá la cosa! Por lo común, esas pobres criaturas no tienen un par de ideas lúcidas en

su meollo. Les falta la experiencia. Dan palo de ciego. De aquí esos juicios extraordinarios que hacen asemejarse nuestra crítica actual á una verdadera Babel, en que se hablaran todas las lenguas, excepto el idioma de la verdad y de la justicia que haría falta hablar allí.

No diré el nombre de ninguno de esos muchachos. El viento que los trae se los lleva consigo. El personal de esta bibliografía corriente cambia cada tres meses. Un autor que publique un tomo cada año, ya no está enterado; y si quiere remitir su libro á los periodistas encargados de dar cuenta de ello, necesita informarse de cómo se llaman. Es un continuo vaivén de aprendices tras de aprendices. Cuando no se sabe qué hacer de un colaborador que estorba para todo, se le encarga la revista bibliográfica. La cosa no tiene consecuencias.

Pero ciertos críticos se empernan en serlo. No tendrán ninguna influencia; sus artículos no harán vender diez ejemplares de una obra, y ellos erre que erre, profesando el oficio de crítico. La crítica es su especialidad. Se les deja un rinconcito en los periódicos que aún se pican de literarios. Voy á coger los más típi-

cos y á tratar de hacer en pocas líneas el boceto de sus fisonomías.

En primer término, existe el crítico profesor: M. Aubé ó cualquier otro. M. Aubé, que enseña el latín en las casas eclesiásticas, creo que hace mucho tiempo escribió en *La Francia*. Hoy escribe en el *Diario oficial*; sólo que no firma, porque su personalidad es poco grata á la mayoría republicana de nuestra Asamblea nacional. Aquí no hablo de política; no discutiré en manera alguna las ideas políticas y religiosas de M. Aubé. Sin embargo, estas ideas ejercen de seguro grandísima influencia en su modo de ver y juzgar la literatura contemporánea. Le impiden aceptar el movimiento positivista, que transforma en estos instantes entre nosotros las letras, después de haber transformado las ciencias. Juzga como profesor y como católico. Se complacerá en pescar las faltas de gramática; querrá encerrar la novela en el estrecho molde de las ficciones sentimentales; condenará una obra cuya moral no sea ortodoxa y que conmueva los dogmas. Nada de amplitud de comprensión, ninguna flexibilidad de análisis. Es un pedagogo, felizmente sin autoridad, que corrige las obras

nuevas como corrige los temas de sus alumnos. Y yo os pregunto: ¿cuál puede ser la utilidad de su papel en este siglo de colosales actividades, que tiene todas las audacias y se atreve á todas las experiencias? Nos ve con el más extraño de los perfiles. Le amedrentamos. El día en que necesita elogiar á alguien, elige al más débil y bonito de todos nosotros, asustado aún por ciertas rudezas. En una palabra: no supone nada, no es nadie, está demasiado fuera de lo presente para tener sobre éste el menor influjo.

Más interesante es el caso de M. de Pontmartin, el crítico de la *Gaceta de Francia*. También defiende el trono y el altar; pero los defiende con la desesperación de un hombre que está vencido de antemano y lo sabe. Ha escrito novelas, ha reunido en tomos sus estudios críticos. Por lo demás, no le falta talento. Pero sus escasas cualidades parecen ahogarse en el despecho de su vida truncada. Durante largo tiempo se propuso parecer el rival de Sainte-Beuve; tenía éste sus lunes, y él ha querido tener sus sábados; esa rivalidad veía-se alentada por el partido católico, que le exaltaba y le ponía por encima del ilustre crí-

tico. Cuando Sainte-Beuve murió, M. de Pontmartin imaginóse que iba á recoger su herencia. Lejos de suceder así, hasta ocurrió que, habiendo cesado la rivalidad, pareció que también él mismo había muerto. Desde esa época, aún se ha vuelto más agrio. Ha publicado folletines extravagantes, en que su risa se convierte en mueca, y su chacota de hidalgo desciende hasta el catecismo de los pícaros. La gran desgracia, la desdicha irremediable de M. de Pontmartin, consiste en que ha permanecido siendo provinciano, á pesar de sus esfuerzos por perder el pelo de la dehesa en París. Natural de las cercanías de Avignon, donde posee una casa de campo, en la cual pasa parte del año, ha conservado la estrechez de miras provinciana, cierto aire palurdo que le ha impedido de seguro adelantar en su camino. El mejor día se muere de pena de no haber ingresado en la Academia. Ese debe de ser el recóndito mal que le devora. Todos sus amigos tienen allí un sillón para dormirse. Sólo él continúa errante en una época que no puede comprender y cuyas obras le exasperan.

M. Paul Perret, que ha publicado estudios en *El Monitor*, es el novelista descontento, el

crítico por casualidad, que se desangra por las heridas de sus fracasos. La especie es muy común. En el fondo de la gran mayoría de los críticos hay un productor abortado, que se resigna á hablar de las obras ajenas cuando ve que nadie habla de las suyas. M. Paul Perret ha publicado varias novelas en la *Revista de Ambos Mundos*. Estas novelas, muy medianejas, duermen en los sótanos de los editores. No conozco nada más gris, más insignificante. Imaginaos las novelas de Jorge Sand lavadas con muchas aguas. Pero cuanto más dulce y suave es la nota característica de un novelista, tanto más feroz se vuelve éste al juzgar á sus colegas. Así, pues, M. Paul Perret ha emprendido una campaña furibunda contra la escuela naturalista, que en los actuales momentos es quien levanta el gallo. La verdad es que está en extremo interesado en la cuestión para juzgar con justicia. Eso no es crítica, sino polémica, y con falta de autoridad.

Paso al tipo del crítico concienzudo. M. Julio Levallois publicó hace mucho tiempo en *La Opinión Nacional* largos artículos, para los cuales tomábase infinitas molestias. Lefa hasta tres veces los libros de que tenía que hablar.

Tomaba un sinnúmero de notas, reflexionaba, comparaba, consultaba á sus amigos. Y al fin de cuentas, daba á luz un estudio muy honrado, pero muy mediano. Jamás he leído artículos más pesados, más indigestos. Añádase que eran vacíos. Imposible entresacar de ellos una idea nueva. Estaban desarrollados con muchísima gravedad; hubiérase dicho que era M. Prudhomme sacando del bolsillo un moquero inmenso y acabando por sonarse en un rincón, lleno de majestad. M. Levallois, excelente persona en el fondo, combatía por temperamento todas las tentativas originales. Representaba la clase media en la crítica, y lo más asombroso es que era un coplero muy alegre, del cual conozco encantadoras canciones.

Citaré también un tipo divertido: el crítico que goza de una enorme reputación entre bastidores en literatura, y que sólo se desuelga con tres ó cuatro páginas cada año como si dejase caer perlas. M. Babou es el representante de esta especie amable. Creo que anda alrededor de los cincuenta; lleva un cuarto de siglo bullendo por las calles, y todo su bagaje se reduce á algunos breves estudios, que ha coleccionado en ediciones de lujo.

El público lo ignora en absoluto. Esto no impide que sea una ilustración. Hay que oír cómo dicen en las cervecerías: «Babou va á deslomar á fulano, Babou pronunció ayer una frase sangrienta». Cualquiera diría que ha quedado muerto un hombre. Pero el autor muerto por M. Babou sigue tan campante; á menudo no conoce ni conocerá nunca la frase sangrienta. M. Babou pertenece á esa raza de perezosos que cada noche hacen una grande obra mientras empinan media azumbre de cerveza; sólo que al día siguiente tienen sueño y les falta tiempo para escribir la grande obra. Pasa la vida, vuelan los años, y continúan siendo siempre unos principiantes. Lo más gracioso del caso es, que M. Babou se precia de representar la chispa francesa. Se esfuerza por ser enormemente agudo ó ingenioso. Cuando se digna escribir alguna cosa, está llena de equívocos, de sorna, de giros alambicados. Parece siempre como que nos esperan cosas extraordinariamente delicadas y picarescas. Pero nada de eso: se para en firme y sobre corto. Cinco ó seis páginas agotan sus fuerzas. Entonces ajusta uno cuentas y saca en limpio, con aburrimento, que M. Babou

no ha dicho nada entre dos platos. Inútil es añadir que M. Babou no tiene la más mínima influencia en el público.

Hubiera querido hablaros también del crítico revistero, por ejemplo M. Julio Claretie, que tiene talento y ha escrito más que el Tostado. Escribe en cinco ó seis periódicos á la vez; es muy instruido, sabe anécdotas sobre todos los asuntos. Tan sólo me permitiré decir que es más ameno que profundo. Se leen con gusto sus artículos, pero en vano se buscaría en ellos un análisis formal y un método de investigación. También hubiera querido decir algo acerca del crítico poeta, de M. Anatolio France, algunos de cuyos estudios han aparecido en *El Tiempo*. Este periódico, que tiene una significación literaria que conservar, hace nada más que lo puramente preciso para no perderla. Ha acogido en sus columnas á M. France, conocido hasta entonces como poeta; y debo añadir que como poeta parnasiano, metido en eso de la imitación neoclásica. Los amigos de M. France me han asegurado que era tal su ignorancia acerca de nuestra literatura contemporánea, que se veían precisados á suministrarle notas para

cada uno de sus artículos. En cuanto á lo demás, escribe con propiedad; y hasta acaba de escribir un estudio muy simpático acerca del gran novelista ruso Ivan Turgueneff, lo cual es de agradecer. Pero prefiero terminar aquí esta serie de bocetos. Temería repetirme. Basta con haber indicado cómo puede ser que nos falte un crítico, cuando tantas gentes, profesores, novelistas, poetas, hacen de críticos improvisados.

IV

Me detendré mucho más largo tiempo con una fisonomía que me tienta por su rareza. Los periodistas de quienes llevo hecho mérito son unos dignos burgueses, que participan más ó menos del deslavazamiento general; quiero decir, que ninguno se distingue por cualquier penacho provocativamente puesto. Cierto es que M. Barbey d'Aurevilly no juzga más sanamente que los otros, antes al contrario, tiene increíbles caprichos de apreciación;